

ACTUALIDAD 



DIOS EN MI VIDA

VIVIENDO COMO HERMANOS

José Luis Caravias Aguilar, sj

Diseño: Estudio SM

© 2016, José Luis Caravias Aguilar

© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Las fechas reales de la vida de un hombre
son los días y las horas en que le ha sido dado
adquirir una nueva idea de Dios.

MIGUEL DE UNAMUNO, *Diario íntimo*

INTRODUCCIÓN

He pasado el hito de los 80. A veces siento como si hubiera vivido varias vidas. Es que mi generación ha soportado profundos cambios. Como en caballo desbocado he atravesado épocas muy diversas, cuesta arriba, con precipicios profundos en los laterales. He visto despeñarse a compañeros. Mi columna está dolorida de tanto trote. Pero sigo cabalgando...

Mirando mi historia y la de mi entorno me asombra lo mucho que ha pasado ante mí y dentro de mí. Ni yo mismo me creo a veces lo que he vivido. No sé distinguir con exactitud lo que realmente ocurrió. A lo largo de los años, mi imaginación ha ido redondeando aristas y coloreando negritudes.

No pretendo redactar una autobiografía, sino una serie de experiencias fraternas de mi vida tal como las siento hoy. Aquel mi primer *Vivir como hermanos*, nacido hace más de cuarenta y cinco años, se ha ido haciendo realidad, surco a surco, a lo largo de mi vida, viviendo como hermanos en muy diversos terrenos...

No lo cuento todo; tengo derecho a guardar ciertos aspectos de mi intimidad, en lo bueno y en lo malo. Tampoco quiero ofender a nadie. Lo que pretendo es sopesar lo que estas experiencias fraternas han forjado de positivo en mi vida y en los que me rodean, reflejando la suave, y a veces imperiosa, presencia de Dios dentro de ellas.

La fe en el Dios de Jesús ha sido el poderoso motor —4 x 4— que ha superado fangos y lomadas. Y sus faros alógenos han iluminado oscuridades y espesas nieblas. Sin Jesús no sería posible llegar a estas alturas.

En los anchos baches de mi ruta a veces he quedado atascado y enlodado. He querido cambiar a caminos más cómodos. Pero un maravilloso combustible ardiente, encerrado en mis huesos, me ha empujado a seguir adelante: «Tú me sedujiste, Señor, y fuiste más fuerte que yo...».

El fuego sigue ardiendo en mi médula... En mi caso, al menos, sin él no sería posible esta vida mía, que entrego, agradecido, en las manos del Cristo triunfante del Apocalipsis. Como él, monto caballo blanco.

PRIMERAS SEMILLAS DE AMOR

Recibí mucho amor desde el vientre materno y presencié mucho amor entre mis padres, José y Mercedes. Fui el mayor entre diez hermanos. La experiencia alegre de una familia numerosa es piedra fundamental de mis cimientos.

Recibí también de mis padres el don de la fe. El Dios de mis padres se mostraba sensato. Nunca me amenazaron con un posible castigo divino. Se trataba de un Dios presente en todo, pero no obsesivo ni impositivo, sino amable, respetuoso, cariñoso...

Recuerdo con gusto cuando papá nos hacía ir al «cierre» de cristales para admirar las tormentas, muy frecuentes en Coín, frente a la serranía de Ronda. Cada trazado zigzagante de rayo y cada trueno sonoro eran ponderados por él como hermosura y poder de Dios. Tanto que, hasta hoy, si en la cama escucho el trallazo de un trueno, se me alegra instintivamente el corazón. Nada de huir y escondernos bajo las cobijas, sino capacidad de admirar con los ojos bien abiertos lo hermoso de cada relámpago. Hay experiencias de niño que marcan para toda la vida...

Ellos me infundieron de forma especial respeto y cariño hacia los pobres, empezando por los empleados de la casa, actitud que delinearía mi vida futura.

Supieron desarrollar en mí deseos constantes de superación. La presión de sus exigencias era suavemente estimulante:

–Tú puedes más, lo puedes hacer mejor...

Nunca nos consintieron lloriqueos, blandenguerías o mimos... Si alguno de nosotros iba lloriqueando en busca de mimos de mamá, ella nos increpaba:

–A ver, ¿se te ha salido alguna tripa? ¿No? Entonces a jugar...

Fui muy querido, pero jamás mimado. Si despreciaba una comida, al día siguiente me encontraba frío el mismo plato en la mesa. Si nos enojábamos dos hermanos, no teníamos derechos hasta que nos reconciliáramos. No quedaba una falta sin castigo, pero siempre papá intentaba explicarnos el porqué de sus correcciones.

Mi imaginación fue alimentada de chiquito por cuentos populares, por tebeos –cómic–, que nos compraban en abundancia desde que aprendimos a leer, por los cursos por correspondencia desde la preadolescencia. ¡Con qué gusto fabriqué mi primera radio-galena! Y con qué ilusión abría los paquetes de mi curso de radiotécnico...

Aprendí a ser ordenado confeccionando al detalle un buen álbum de estampillas de correos.

Al volver de la oficina, papá se cambiaba de ropa y se dedicaba a su huerto, injertando rosales y frutales, y comprobando después con gozo el éxito de sus injertos. Ahí brotó mi futuro amor a la tierra.

Disfrutábamos de los veranos bañándonos locamente todas las tardes en la alberca de riego de la finca o yendo a comer sabrosos «higos-reina» subidos al árbol.

Mis padres me transmitieron seguridad en mí mismo. Fe en mis posibilidades. Me enseñaron a exigirme y a dominarme.

De escuelero fui bastante tartamudo. No recuerdo que jamás mis padres me retaran o acomplejaran por ello. A los 19 años lo supe enfrentar y superar con éxito, yo solo, iluminado por un buen libro.

LAS «CATEQUESIS» ME ATEMORIZAN

La experiencia de amor familiar fue maravillosa. Pero la formación religiosa parroquial, hija de aquella época, lamentable.

Don Telesforo, el párroco de donde me crié, Coín (Málaga), era duro y cuadriculado. Recuerdo el día en que rompió airado todas las carteleras del único cine del pueblo, el Salón Faura, porque anunciaban la película *Gilda*. Y los rayos y centellas que fulminó después desde el púlpito contra el cine. Para mí todas sus prédicas eran terroristas, rebosantes de prohibiciones y amenazas...

Ninguna mujer podía asistir a su misa si no llevaba manga larga y escote cerrado, aun en el calor sofocante del verano. A la salida del templo, al son de fuertes resoplidos, se realizaba el «destape», que me encantaba contemplar.

Mi padre, durante la misa, nos exigía estar siempre mirando de frente al altar. Si mirábamos al público, enseguida nos caían sobre la cabeza sus duros nudillos:

—¡Niño, mira adelante!

En la parte alta del retablo del altar había una imagen del Padre Dios, calvo, con larga barba blanca y la bola del mundo en la mano. Llegué a odiar aquella imagen. Había que mirarla fijamente, como hipnotizado, porque, si no, recibías enseguida un coscorrón. Después de más de sesenta años he vuelto allá queriendo verificar si realmente existía esa imagen de Dios que tanto repudié; y sí, allá sigue, tan serio como siempre.

Un verano, siguiendo las directrices parroquiales, después de comer, sentados todos a la entrada de la casa, teníamos que rezar el rosario. Mi padre lo dirigía, paseándose entre nosotros; en una mano el rosario y en la otra una correa. Cuando alguno de nosotros cabeceaba –era la hora de la siesta– le espabilaba enseguida con un correazo:

–Niño, no te duermas.

Desde entonces, asistir al rezo de un rosario es algo que me espeluzna. Es una repulsión instintiva, muy difícil de superar...

Me rebelaban las supersticiones de la gente. La empleada de casa, Isabel, me contó un día que dar vueltas a una silla traía mala suerte. Desde ese día, delante de ella inclinaba con frecuencia una silla sobre una pata y le daba vueltas con la otra mano. Ella, asustada, me amenazaba con los castigos que podía mandar Dios sobre la familia por mi culpa. Y yo, tozudamente, daba más y más vueltas a la silla, repitiendo:

–No nos ha de castigar, no nos ha de castigar...

En la catequesis y en la escuela me hicieron aprender de memoria las respuestas del catecismo de Astete, cuadrículado y retrógrado, sumamente seco, incapaz de producir una experiencia religiosa, ni menos aún darme una respuesta vital a mis problemas de adolescente.

No recuerdo que mi catequesis parroquial me transmitiera ningún tipo de experiencia de Dios. Solo miedo o, a lo más, respeto en la lejanía.

Pero, eso sí, me insuflaron a presión obsesión por la sexualidad, mezclada con una fuerte dosis de ignorancia. Era el gran tema tabú, morbosamente masturbado... Machacaban con la prédica de un Dios que me podía mandar al infierno por un solo pecado de pensamiento contra la castidad, pues en esto –repetían– no hay «parvedad de materia».

Me angustió mi despertar sexual. Nadie me brindó jamás una sola palabra de explicación. Ni había a quién preguntar...

Mi primera polución fue desesperante, pues no tenía ni idea qué podía ser aquello. Y las primeras masturbaciones, terroríficas, siempre al borde del infierno. Todo eran amenazas. Ni una explicación positiva. Depresiones profundas y escrúpulos angustiosos... ¡Qué fea adolescencia, manoteando desesperado en la oscuridad de mis ignorancias!

La mujer era el enemigo del que huir... Tardaría años en descubrir la belleza y la complementariedad de la mujer. Tenía una madre excelente, y eso me salvó. Pero ningún tipo de amigas. Mis hermanas nacieron cuando yo ya era adolescente...

Parece que aquellos «pastores» confundían la inocencia con la ignorancia, el amor con el temor. Era una pastoral de amenazas, nada menos que de ir al infierno por cualquier tontera.

Mis «deformadores» me hacían realizar sacrificios necios «por la conversión de los chinitos», como meterme piedritas en los zapatos, por ejemplo. ¡Qué andares tendría! Pero no tocaban para nada mis problemas reales...

La preocupación más grande que me inculcaron en mi primera comunión fue que la hostia no se pegara al paladar... Y la única ilusión, el hermoso traje –me vistieron de almirante– y los regalos. Pero no recuerdo ningún tipo de experiencia religiosa.

En la catequesis parroquial insistían en que Jesusito estaba llorando encerrado en el sagrario y debíamos ir a consolarlo... «Vamos, niños, al sagrario, que Jesús llorando está...». Un Niño Jesús llorón que nosotros, los niños buenos, teníamos que ir a animar no era para entusiasmar...

En la escuela pública –franquista– nos hacían cantar aquello de «fuera, fuera protestantes, fuera, fuera de la nación, que

queremos ser amantes del Sagrado Corazón»... Y nos llevaban en filas a corearlo delante de las casas de las dos únicas familias protestantes que había entonces, a la salida del pueblo, en el camino a Monda.

Me costó desenmarañarme de aquella religiosidad cuadrículada, tan embrollada, tan angustiante, tan necia, cultivada por el párroco y sus agentes pastorales.

Ciertamente, lo más válido de mi niñez fue el calor de la vida familiar: el cariño comprensivo de mi madre, las exigencias razonadas de mi padre y la amistad alegre y traviesa de mis hermanos.

Toda la Secundaria la hice en un colegio de jesuitas, San Estanislao, en Málaga, a veces interno y a veces externo. Entré resignado en aquella disciplina. Recuerdo con mucho gusto los recreos. Y a los amigos.

En aquel colegio machista, cerrado, jamás entraba una chica. Y las pocas limpiadoras que trabajaban allá eran todas viejas y feas. Jamás íbamos de paseo a la ciudad. Nos llevaban en filas a sitios descampados.

Los retiros espirituales que nos daban eran todos de tinte terrorista. Con gran teatralidad nos contaban casos de jóvenes que se habían ido al infierno en la noche que cometieron su primer pecado contra la castidad.

En los últimos años de colegio, gracias al acompañamiento cercano de un buen «padre espiritual», Gerardo Lara, me fui asentando. Fue básico descubrir a Jesús como amigo. El rostro del Padre Dios se fue abuenando. Encontré de nuevo al Dios de mis padres, pero más crecido. Salí del oscuro pozo de los escrúpulos y empecé a vislumbrar nuevos horizontes, con generosidad. La «Congregación Mariana» me ayudó a encontrar un nuevo camino.

Acabado mi bachillerato, el 2 de febrero de 1954 entré en el noviciado de los jesuitas en el Puerto de Santa María; la

verdad, no recuerdo bien por qué. Me pareció lo más lógico. Ni se me ocurrió otra alternativa.

Durante los primeros años de formación jesuítica perdí la capacidad crítica. Entrábamos en el molde y caminábamos sin rechistar. Quizá era la única forma de pasar entonces por aquel túnel.

En el noviciado, entre prácticas que hoy me parecen absurdas, mi maestro de novicios, P. José Gómez, me inyectó, a través del mes de Ejercicios, lo más importante: un deseo grande de conocer, amar y seguir a Jesucristo. ¡Este poderoso motor me llevaría más tarde muy lejos y me haría superar muchas empinadas cuestas! Nunca antes había tenido una experiencia seria de Cristo. Mi primera catequesis parroquial se había limitado a frases de memoria. Aunque siempre permanecía el cimiento de la fe en el Dios de mis padres. La vivencia crística del noviciado fortificó definitivamente mi futuro. Sin esta estrella matinal me hubiera perdido en medio de tantas tormentas como me esperaban.

Pero en aquel noviciado me hacían realizar prácticas que intuía que eran raras, y quizá contraproducentes. Nos disciplinábamos tres veces por semana. Y llevábamos cilicio con frecuencia, para evitar tentaciones de la «carne». Pero mi carne dolorida parecía que me «tentaba» más así...

Nos insuflaron dosis de desprecio y miedo a las mujeres... Terror contra las «amistades particulares»... Obsesión por la «modestia»: no levantar los ojos del suelo. Había que guardar siempre la «compostura religiosa». Ni para jugar nos podíamos quitar la sotana...

Los estudios de Filosofía, en Alcalá de Henares, casi me vuelven loco, en latín, con silogismos, tan abstractos... Hasta que mi viejito padre espiritual me aconsejó que no me esforzara en entender la teodicea escolástica, que tantos dolores de cabeza me daba... Eso no era para mí. ¡Qué alivio!

En el tercer año de Filosofía, las clases de Ética del P. Díez Alegría me abrieron un portillo de luz y de esperanza por el que me metí con frenesí.

En resumen. Mis padres me dieron poca catequesis, pero sí mucho amor. Y ahí estaba Dios.

Las catequesis oficiales de la Iglesia básicamente me dieron prohibiciones y miedos, apoyadas en cimientos fundamentalistas elitistas. Ahí no estaba Dios. Y con muchas arcadas fui vomitando todo eso. Poco a poco me iba convirtiendo en incrédulo de tantas imágenes necias de Dios y tantas prácticas alienantes.

Aferrado a la fe de mis padres, con algunas luces de esperanza en el horizonte, como la de Díez Alegría, crucé el Atlántico en búsqueda de algo nuevo. En contacto con la realidad palpitante del Paraguay, una retahíla de nuevas experiencias me abriría camino hacia encuentros vitales, liberadores, con Dios...

Mi casa se caía a pedazos, como la de tantos otros compañeros. Pero a partir de los pobres pude construir una vivienda nueva. La cercanía a los pobres y los nuevos enfoques vivenciales de la Biblia me construyeron el hogar que disfruto con gozo en mi vejez.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. PRIMERAS SEMILLAS DE AMOR	9
2. LAS «CATEQUESIS» ME ATEMORIZAN	11
3. EL PARAGUAY ME DESPIERTA	17
4. LOS GITANOS ME RESCATAN	19
5. SACERDOTE DE LOS POBRES	22
6. LAS LIGAS AGRARIAS DEL PARAGUAY ME RECLUTAN .	25
7. REVIVEN LOS TRABAJOS COMUNITARIOS	28
8. TRIUNFA LA SOLIDARIDAD	31
9. PECHOS MATERNOS MÁS FUERTES QUE FUSILES	34
10. ARTURO BERNAL, MÁRTIR DEL SERVICIO	37
11. SECUESTRO VIOLENTO EN PIRIBEBUY	40
12. LOS MOTIVOS DE MI SECUESTRO POLICIAL	44
13. SINDICATO DE HACHEROS EN EL CHACO ARGENTINO ..	47
14. SEDUCCIÓN EN EL CEMENTERIO	50
15. GAUCHADAS PROVIDENCIALES	54
16. REELECCIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA	57
17. DEMASIADO FICHADO EN ARGENTINA	62
18. EN ECUADOR, MONS. PROAÑO ME DESACOMPLEJA	67
19. DESCONFIANZAS RADICALES	70
20. CARTAS SANGRANTES	73
21. «INGENIERO DE AGUAS»	76
22. «PROFETA DE LOS CAPULÍES»	79
23. EL EQUIPO EXPA Y SU PARTO CONFLICTIVO	83
24. LAS ALTURAS DE GUAIRAPUNGO	87
25. ¿NIÑITO JESÚS INDÍGENA?	90
26. «CHUMADO» EN HONOR DEL SEÑOR DE LOS MILAGROS	93

27. LA HERMANA ÉLVIRITA CONFIESA MEJOR QUE EL PÁRROCO	95
28. ZOILITA, LA CIEGA QUE VE	98
29. «LAS FRONTERAS SON DE LOS OTROS»	101
30. MONSEÑOR LABAKA, UNA MUERTE REDENTORA	104
31. EN LOS BAÑADOS DE ASUNCIÓN	109
32. LOS NIÑOS NO SON BASURA	112
33. JESÚS NO TIENE ESCUELA	115
34. JESÚS, INUNDADO, NO TIENE DÓNDE PLANTAR SU CASA	118
35. EL CONTRASTE: NIÑOS MIMADOS... ..	121
36. MILAGROS EN LOS BAÑADOS	124
37. EL DUELO DE ÑA PANCHA	127
38. HERIDAS GRAVES DE INFANCIA	130
39. SUICIDIOS JUVENILES	132
40. ACOMPAÑANDO EL PASO DEFINITIVO	135
41. LA URTICARIA DE CATEQUESIS FUNDAMENTALISTAS .	139
42. AMIGO DE ATEOS Y AGNÓSTICOS	144
43. SANTOS QUE NO «CREEN» EN DIOS	148
44. HOMOSEXUALES EN BUSCA DE DIOS	152
45. «ESPECIALISTA» EN PAREJAS	155
46. ¿SEGUNDAS NUPCIAS? ¿MATRIMONIOS NULOS?	159
47. MATRIMONIO Y SACERDOCIO	163
48. ANTOLOGÍA DE UN MATRIMONIO ETERNO	166
49. EJERCICIOS ESPIRITUALES LAICALES	173
50. ALEGRÍAS Y DOLORES ECLESIALES	176
51. LA VAPULEADA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN	180
52. OPTIMISTA EMPEDERNIDO	187
53. MIS GOZOS DE SER «MAYOR»	191
54. EL CREDO Y EL ANTICREDO QUE DAN SENTIDO A MI VIDA	195
55. GRACIAS POR LA VIDA	201
56. EPÍLOGO. A LOS 80, VUELTA A LOS MÁS POBRES	207

Actualidad

Historias y recetas de mi Taberna, LUIS DE LEZAMA

Testamento, ABBÉ PIERRE

Mi decálogo para el tercer milenio, JUAN PABLO II

Cien recetas, de FRAY JUAN DE GUADALUPE

Santiago Gapp. Pasión por la verdad frente al nazismo, JOSÉ MARÍA SALAVERRI

Confesiones, CARDENAL TARANCÓN

Vivir con sabiduría, THOMAS MERTON

El buen corazón, S. S. EL DALAI LAMA

Mis razones para vivir, ABBÉ PIERRE

Moral para Marta, QUINTÍN CALVO CUBILLO

Guillermo José Chaminade. Odres nuevos para un vino nuevo,
VINCENT GIZARD

Sida y tercer mundo, JAVIER GAFO

Invitación a la sospecha, NORBERTO ALCOVER

La revolución oculta, ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

La Sábana Santa, MARIA GRAZIA SILIATO

Las tentaciones de Job, ANTONIO BENTUÉ

Teología en vaqueros, MANUEL DE UNCITI

Juan de Mata al vivo. Un no violento de hace ocho siglos, MANUEL
DE UNCITI

El don de la amistad. Adela de Batz de Trenquelléon, EDUARDO
BENLLOCH

El oficio de vivir. Las siete vidas del gato, NANDO

La palabra y la paz. 1975-2000, OLEGARIO GONZÁLEZ DE CAR-
DEDAL

Los panes y los peces de Faustino, JOSÉ MARÍA SALAVERRI

Migajas cristianas, JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS

Juan XXIII, el papa del Concilio, PETER HEBBLETHWAITE
Utopía y realidad. Hombres Nuevos, NICOLÁS CASTELLANOS
 (2ª ed.)
Juan XXIII. Anécdotas de una vida, JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-BA-
 LADO
Timor. La búsqueda de la paz, ARNOLD S. KOHEN
Autoestima y vida, FRANCO VOLI
Juan Pablo II, el papa peregrino, ACHILLE SILVESTRINI (ED.)
Tiempo de diálogo, VARIOS AUTORES
Carrasco i Formiguera. Un cristiano nacionalista (1890-1938),
 HILARI RAGUER
Recuerdos de la transición, ALBERTO INIESTA
¿Victoria de los vencidos? Latinoamérica en el siglo XXI, TEÓFILO
 CABESTRERO
Hablemos de Dios, LUIS DE LEZAMA (3ª ed.)
*Domingo Lázaro (1877-1935). Un educador entre dos grandes cri-
 sis de España*, JOSÉ MARÍA SALAVERRI
*La utopía malherida. Cuestiones éticas en nuestra cultura y socie-
 dad*, NORBERTO ALCOVER
El dinamismo de la resistencia, SANTIAGO SÁNCHEZ TORRADO
Místicos y profetas, JOSÉ MARÍA ARNAIZ (2ª ed.)
*En el corazón del mito. La dimensión espiritual de «El Señor de los
 anillos»*, ISABEL ROMERO TABARES
El oficio de morir. Las siete notas del Réquiem, NANDO
*Volver a Nazaret guiados por Carlos de Foucauld y Luis Massig-
 non*, JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU
Sabores y saberes de la vida. Escritos escogidos de FREY BETTO
¿Una economía alternativa? Iglesia y neoliberalismo, PIERRE
 DEUSY
Cuando los días dan que pensar, PEDRO CASALDÁLIGA (2ª ed.)
La voz de Monseñor Romero. Textos y homilias, ÓSCAR A. ROMERO
50 cartas a Dios, VARIOS AUTORES (5ª ed.)
Los sabios y sus historias, ELIE WIESEL

El mito de la seguridad, JOAQUÍN GARCÍA ROCA
La ciudad y el hombre ayer y hoy, JOSÉ RAMOS DOMINGO
Los jóvenes y la felicidad, JAVIER ELZO
Con la libertad del Evangelio. Temas de nuestro tiempo, BENJAMÍN FORCANO
Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto, JOSÉ MARÍA MARDONES (10ª ed.)
El factor católico en la política española. Del nacionalcatolicismo al laicismo, RAFAEL DÍAZ-SALAZAR (2ª ed.)
La última semana de Jesús, MARCUS J. BORG y JOHN DOMINIC CROSSAN (2ª ed.)
Elige amar. Hermano Roger de Taizé (1915-2005), COMUNIDAD DE TAIZÉ
Laicidad del Estado e Iglesia, JOSÉ MARÍA SETIÉN
Al ritmo del diario vivir. Cultura, política y ciudadanía, OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL
Jesús. Aproximación histórica, JOSÉ ANTONIO PAGOLA (8ª ed.)
El Dharma y el Espíritu. Conversaciones entre un cristiano y un budista, JUAN MASIÁ y KOTARÓ SUZUKI
Los cristianos en un Estado laico, LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA
Así escribía... JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO
Conversaciones sobre Xavier Zubiri, JORDI COROMINAS y JOAN ALBERT VICENS
La voz de los adolescentes, JAVIER ELZO
¿Es tiempo de cristianismo?, JEAN-MARIE PLOUX
Invitación a pensar. Reflexiones cristianas para cada día, JOAN BESTARD COMAS (2ª ed.)
Cómo he vuelto a ser cristiano, JEAN-CLAUDE GUILLEBAUD
Cine con historia, JOSÉ LUIS CELADA
La derrota de Dios, HELENO SAÑA
El declive de la ciudadanía, VICTORIA CAMPS
En memoria mía, JUAN RUBIO FERNÁNDEZ (2ª ed.)

Asuntos religiosos. Una propuesta de política pública, JORDI LÓPEZ CAMPS

Nube de testigos, ÁNGEL SANZ

Teología para Mario, ANTONINO RODRÍGUEZ FÍNEZ

Educación de la conciencia, QUINTÍN CALVO CUBILLO

Ser cristiano en el Norte con el Sur al fondo, NICOLÁS CASTELLANOS

Recuerdos y memorias, JOSÉ MARÍA CIRARDA (2ª ed.)

Aprender humanidad. Reflexiones cristianas para cada día, JOAN BESTARD COMAS (2ª ed.)

Historia y evolución de los movimientos católicos, MASSIMO FAGGIOLI

Diversidad religiosa, JORDI LÓPEZ CAMPS

Estepa, el cardenal de la catequesis, JUAN RUBIO FERNÁNDEZ

Lucha santa, MANUEL FLORES SÁNCHEZ

El oficio de creer. Los siete días de la creación, NANDO

Después de creer. La formación del carácter cristiano, N. T. WRIGHT

Jesucristo 2.0, FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

Donde los cristianos mueren, FRANCESCA PACI

Una mirada católica, FÉLIX GARCÍA MORIYÓN

Alternativas de humanización, JOSÉ MARÍA ARNAIZ

Hablando en cristiano, MARCUS J. BORG

Una teología para la vida, BRUNO FORTE. Entrevista de MARCO RONCALLI

Elogio de lo ético. Reflexiones cristianas para cada día, JOAN BESTARD COMAS

Los cristianos, ¿en la sacristía o tras la pancarta?, JAVIER ELZO

Sócrates, Jesús, Buda. Tres maestros de vida, FRÉDÉRIC LENOIR

Creyentes y no creyentes en tierra de nadie, FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

Jesuitas en la frontera. Crónicas personales desde Bolivia (1950-2000), CARMEN SALCEDO

Sencillamente Jesús. Una nueva visión de quién era, qué hizo y por qué es importante, NICHOLAS THOMAS WRIGHT
Tras la losa de ETA, JAVIER ELZO
¡No pierdas la esperanza!, JOAN BESTARD COMAS
Francisco, la primavera del Evangelio, FRÉDÉRIC LENOIR
Cristianos más allá de la religión, ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO
(2ª ed.)
Generación selfie, JUAN MARÍA GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ
(2ª ed.)
El camino hacia una vida lograda, LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL
SANTABÁRBARA
En presencia de Dios. Cien cartas sobre la oración, HENRI CAFFAREL
(2ª ed.)
Una economía que mata, ENRIQUE LLUCH FRECHINA (2ª ed.)